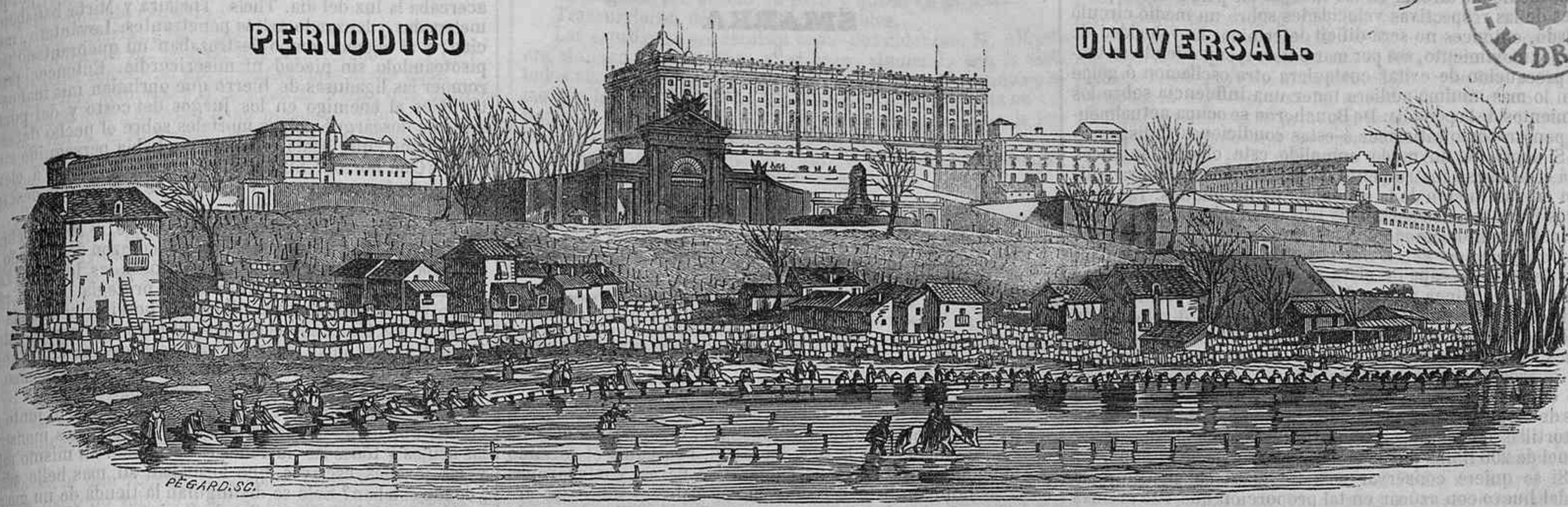
LA ILUSTRACION,

PERIODICO UNIVERSAL.

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 235.—SÁBADO 27 DE AGOSTO DE 1853.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y estranjero: Año 80.

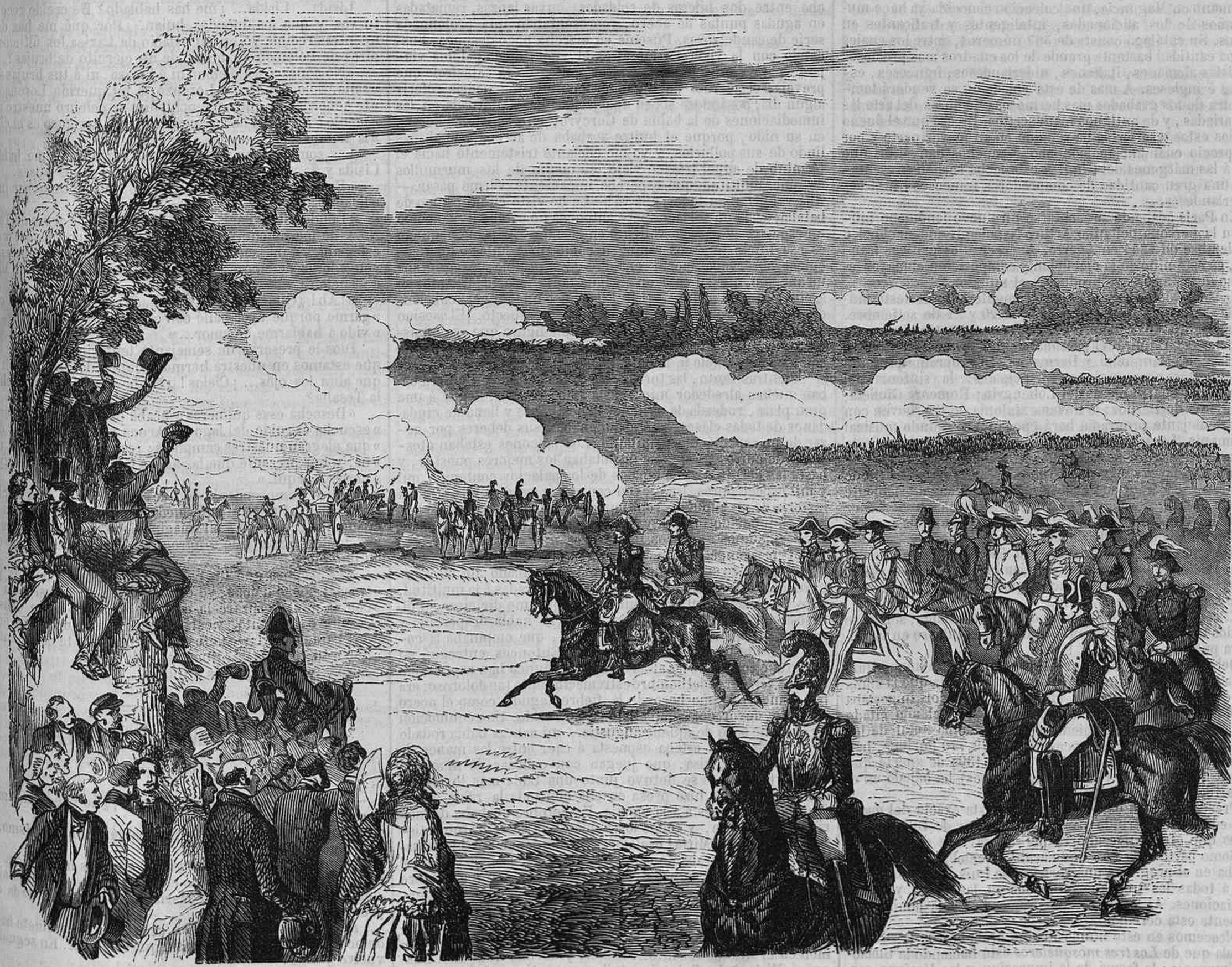
REVISTA UNIVERSAL.

—El profesor Emilio Roszmäsler ha vuelto á Alemania de su viaje al mediodia de España; estuvo viajando cinco meses y medio, y ha recorrido particularmente toda la costa del Mediterráneo hasta casi á la frontera portuguesa. El primer trabajo que emprenda será una descripcion científica de este su viaje.

—El doctor Middeldorpf en Breslau acaba de hacer una notable operacion quirúrgica en un cura de un pueblo, que de repente se vió atacado de un pólipo en la laringe. Una operacion con el bisturí era de temer á causa de poder haber ahogado al paciente, por cuya razon puso el doctor Middeldorpf, que es discípulo del célebre Dieffenbach, una fuerte batería galvánica en comunicacion con el pólipo, y desterró á este felizmente con un solo golpe.

—La cria de las aves de corral en Inglaterra ha sido hasta poco muy insignificante, porque no se la conceptuaba como una cosa bastante lucrativa; sin embargo, de algunos años á esta parte ha variado la opinion en este concepto. La importacion de los huevos y las aves de todas clases de Francia, que es de muchísima consideracion, ha estimulado á los habitantes del campo de Inglaterra para imitar á los franceses, y la reciente introduccion de las gallinas cochinchinas promete tales ventajas que no han podido hasta ahora obtenerse de ninguna otra ave doméstica. Estas gallinas son de un tamaño jigantesco, y al mismo tiempo sumamente productivas, y los ingleses no dejan de la mano ningun medio de aumentar los artículos de consumo del pueblo, y de satisfacer al apetito sano y muy desarrollado de sus compatriotas. Ellos calcularon con mucho acierto los innumerables huevos y asados de aves de pluma que esta casta cochinchina de gallinas prometia, y se pusieron á ensayar. Pronto se manifestó el celo de los ingleses por un negocio nuevo que se presentaba tan ventajoso máxime cuando la misma reina se puso á la cabeza de este movimiento especulativo. Inmediatamente se formaron sociedades para la cria de hermosas clases de gallinas, tomando una parte muy activa en aquellas los propietarios mas ricos, hombres célebres de estado, duques y condes. Una vez que los ingleses han emprendido esta tarea, no puede dudarse que introducirán entre las aves de pluma las mismas reformas y las mismas mejoras de las especies, que ya han logrado para otros animales domésticos.

—Mr. de Boucheron en Francia acaba de hacer una aplicacion muy ingeniosa de la péndola para medir la velocidad de los carruajes y buques. Es el caso que se cuelga libremente una péndola en un carruaje que se mueve ó en un buque que navega por velas ó vapor, y se la da un empuje en direccion contraria al curso de aquellas; entonces resulta que la péndola rebasará en sus oscilaciones la perpendicular mas en direc



Gran revista pasada por el emperador de los franceses á la guarnicion de París.

2009 Ministerio de Cultura

cion opuesta á la que lleva el buque, haciéndose esta declinacion cada vez mayor cuanto mas rápido anda el carruaje ó buque. Pues bien: habiendo indicado de antemano por medio de una medicion directa en los ensayos las partes correspondientes de las respectivas velocidades sobre un medio círculo graduado, entonces no será difícil determinar la velocidad de cualquier movimiento, sea por mar ó tierra, suponiendo se tenga la precaucion de evitar cualquiera otra oscilacion ó golpe que en lo mas mínimo pudiera tener una influencia sobre los movimientos de la péndola. De Boucheron se ocupa actualmente en pensar cómo satisfacer á estas condiciones indispensables. Si logra de un modo cumplido este objeto, entonces hallará el hermoso instrumento de la péndola una nueva aplicacion en sustitucion de la sondalesa de los buques. Tambien para los ferro-carriles seria muy útil en muchos casos semejante instrumento cómodo de medicion.

—*Conservacion de los huevos.*—Si se introduce en un horno de pan una capa de clara y yema de huevo del espesor de dos tercios de línea y estendida sobre loza, porcelana ó una hoja de cristal, se obtendrá, segun P. Chambord, al cabo de veinticuatro horas una masa que puede pulverizarse, y que después de haberse secado durante un dia entero, se conserva guardada contra la influencia del aire. Dos libras del polvo de huevos preparado de tal manera y batidas en dos libras de agua fria darán tanto de sí como cien huevos. Sirve para tortillas ó cualquier otro uso en la cocina ó repostería. Un tonel de 200 libras puede contener el polvo de 10,000 huevos. Si se quiere conservar sola la yema, se sustituirá la clara del huevo con azúcar en tal proporcion que 125 gramas de azúcar entren en ocho yemas de huevo. La ventaja que este polvo ofrece en largas navegaciones, es demasiado evidente para que fuese necesario añadir aun algo sobre el particular.

—Un monumento nacional va á levantarse á Isaac Newton en la aldea Woolstrope, en el condado de Lincolnshire, donde nació el 25 de diciembre de 1642. El concejo municipal de Grantham ha suscitado esta cuestion, porque Newton aun no tenia ningun monumento erigido por la nacion, pues el que existe en la abadía de Westminster le ha levantado su familia, y el de Cambrigde un particular.

—Un ingenioso discípulo del célebre Schwanthaler, el señor Knittel, en Friburgo, ha acabado para esta ciudad la estátua del inventor de la pólvora, Bertoldo Schwarz, cuya estátua se levantará allí inmediata á la gran fuente.

—En el dia del aniversario de la batalla de la Katzbach, ganada por los prusianos á los franceses el 26 de agosto de 1813, tendrá lugar la solemne inauguracion del monumento colosal, que se ha erigido al general feldmariscal Blücher, príncipe de Wahlstatt, muerto en su hacienda Krieblowitz en Silesia el 12 de setiembre de 1819.

—El 5 de setiembre de este año se venderá en pública subasta una de las mas numerosas colecciones particulares de cuadros en Alemania, á saber, la del difunto hacendado J. B. Bellermann en Maguncia, una coleccion conocida ya hace muchos años de los aficionados, inteligentes y traficantes en cuadros. Su catálogo consta de 567 números, entre los cuales hay una cantidad bastante grande de los cuadros mas preciosos de artistas alemanes, italianos, niderlandeses, franceses, españoles é ingleses. A mas de esta coleccion se venderá tambien otra de los grabados mas hermosos, de obras del arte las mas variadas, y de antiguos manuscritos. Dícese que el dueño de todos estos tesoros los ha reunido en su mayor parte y por poco precio cuando Napoleon abolió muchos conventos que habia á las márgenes del Rhin. A esta fecha se han presentado ya una gran cantidad de compradores franceses, ingleses y niderlandeses.

—En París acaba de presentarse un nuevo fenómeno musical en la persona del niño Arturo Napoleon, que nació el 6 de setiembre de 1844 en Agerto. A creer á los críticos franceses, es este niño en la ejecucion y composicion el mayor fenómeno que jamás haya producido el mundo.

—Ya se ha determinado definitivamente la gran fiesta musical de Carlsruhe. Durará dos dias, el 20 y 21 de setiembre. Se compondrá de conciertos dados en el teatro real, para los cuales se reunirá el personal de las orquestas y coro, de Carlsruhe, Mannheim y Darmstadt. El programa presenta las siguientes composiciones principales: la sinfonia del Tannhänser; cuatro piezas del Lohengrin; Romeo y Giulleta; una sinfonía de Berlioz; la novena sinfonía de Beethoven con coros. Semejante programa hará época en el mundo musical de Alemania. La gran fama de Liszt como director de la fiesta es una fianza segura de la ejecucion mas acabada.

Una nueva pieza que se está representando en el teatro de la Porte Saint Martin en París hace furor y llena diariamente todas las localidades de aquel coliseo. Su título es *El honor de la casa*, y su argumento trata de picantes enredos sociales de cierta familia de la actualidad.

—Meyerbeer está escribiendo una ópera cómica, que dirigirá en persona á principios de diciembre próximo en París. Los periódicos de Berlin anuncian que está componiendo *al mismo tiempo* un gran oratorio.

—El célebre pianista Thalberg está componiendo, segun se dice, dos óperas *á la vez*, que han de representarse en la primavera próxima en Viena y París.

—Del resúmen de los ingresos y gastos de la monarquía austriaca para el año financiero de 1852, resulta que la suma total de los ingresos, que en el año anterior importaba 219.505,140 florines, se ha aumentado en el año citado á 226.365,108 florines, mientras que la suma total de los gastos, que ascendian entonces á 281.729,770 florines, han disminuido en el año de 1852 á 279.812,439; de suerte que el déficit del año 1851 (62.223,630 florines) ha bajado en el año de 1852 en 53.447,331 florines.

—Presentamos en este número una vista exacta del magnífico edificio construido para la esposicion de Dublin; los detalles que ofrece nos ahorra por ahora toda descripcion.

—Como parte de la fiesta que acaba de celebrarse en París, figuraba en el programa una revista que Luis Napoleon debia pasar á todas las tropas acantonadas en la capital y en las inmediaciones. Al frente de este número va una lámina que representa esta ceremonia.

—Ofrecemos en este número cinco grabados de la edicion ilustrada que de *Los tres mosqueteros* está haciendo la BIBLIOTECA UNIVERSAL; la forma de la impresion y las láminas son iguales en un todo á la edicion de *El conde de Montecristo*, que está para terminar, y de *Veinte años después* y *El vizconde de Bragelone*.

SMARRA

ó

LOS DUENDES DE LA NOCHE.

(Conclusion.)

EPODO.

Ergo exercentur pœnis, veterumque malorum
Supplicia expendunt; aliæ panduntur inanes
Suspensæ ad ventos, aliis sub gurgite vasto
Infectum eluitur scelus, aut exuritur igni.
VIRGILIO.

Suele dormir despues de comer, y por cierto que el momento es favorable para romperle el cráneo con una barra, para abrirle el vientre con una estaca puntiaguda, ó para cortarle el pescuezo con un cuchillo bien afilado.
SHAKSPEARE.

Los vapores del vino habian embotado mis sentidos, y á mi pesar veia los fantasmas de Polemon, errantes por los mas apartados rincones de la sala del festin. Proseguia él dormido profundamente en su lecho cubierto de flores, y mis jóvenes esclavas tambien habian reclinado sus cabezas sobre las arpas que no abandonaban sus manos. Los cabellos de oro de Mirta cubrian su rostro encantador; pero los monstruos no habian desaparecido, pues continuaban bailando en las sombras de las columnas y entre el humo de las hachas de viento. Cansado de aquel impostor prestigio de la embriaguez, acerqué á mi cabeza los frescos ramos de la preservadora yedra, y cerré los ojos, atormentados ya por las ilusiones de la luz. Al punto oí un rumor estraño, compuesto de voces graves y amenazadoras, ó injuriosas é irónicas. Una de ellas recitaba versos de Eschilo; otra las últimas instrucciones que me habia dado al morir mi pobre abuelo: de vez en cuando, y semejante á una bocanada de viento, se acercaba á mí una figura cuyo aliento sentia en mi mejilla, y que huia riéndose con mofadora carcajada al ver que yo abria los ojos. Otras mil ilusiones tan estrañas como horribles se siguieron á esta: creia ver, por ejemplo, á través de una nube de sangre todos los objetos que acababan de fijar mis miradas; flotaban delante de mí, y me perseguian con sus acusadores gemidos: Polemon, sin moverse, y Mirta, apoyada en su arpa inmóvil, lanzaban contra mí furiosas imprecaciones, pidiéndome cuenta de asesinatos que no habia cometido: yo me incorporaba para contestarles, y estendia los brazos convulsivamente; pero en el mismo instante oprimian mis manos y mis piés abrasadores nudos de hierro, que me obligaban á permanecer en pié derecho entre dos hileras de soldados, cuyas lanzas, rematadas en agudas puntas de acero, representaban una prolongada serie de candelabros. Púseme en marcha poco despues, buscando con la vista en los aires el vuelo de la paloma viajera, para confiar á sus suspiros, antes de la catásfrofe que preveia, el secreto de un amor oculto, que podria referir algun dia, posándose sobre una casita blanca, situada en las inmediaciones de la bahia de Corcyro; pero la paloma lloraba en su nido, porque el buitre acababa de arrebatarle el mas lindo de sus polluelos, y yo me adelanté tristemente hácia el término de aquel trágico viaje, en medio de los murmullos de una multitud que esperaba impaciente verme pasar.—Allá va! gritaban todos, allá vá!—Le he visto en un campo de batalla, decia un soldado, pero entonces no estaba lívido como un espectro, y parecia valiente en la guerra.—¡Qué pequeño es ese Lucio que nos pintaban como un Aquiles ó un Hércules! observaba cierto enano.—¿Es posible, preguntaba un anciano, que su corazon abrigue tanta ferocidad? Antes se asemejaba á mi padre. —¡El! ¡El! repuso una muger, cubriéndose con su velo para evitar mi horrible aspecto. ¡El asesino de Polemon y de la bella Mirta!—Se me figura que ese monstruo me mira, añadió otra. Ciérrate, ojo de basilisco; alma condenada, el cielo te maldiga.

Mientras tanto, las torres, las calles, la ciudad entera daban vueltas alrededor mio, hasta que, por fin, llegué á una gran plaza, rodeada de edificios majestuosos y llena de ciudadanos de todas clases, que abandonaban sus deberes por gozar de un espectáculo palpitante. Los balcones estaban atestados de curiosos, que se disputaban los mejores puestos, y hasta las cornisas y los tejados de los palacios contenian mil y mil espectadores. Una jóven cantaba y vendia en la plaza la historia de mi suplicio, repitiendo las palabras que yo no habia pronunciado todavía y la confesion de mis maldades para revelarme unos misterios tan atroces que asustarian al criminal mas empedernido é impenitente. Un hombre mal encarado me hizo subir las escaleras de un tablado; allí me sentaron en un banquillo... dirigí estúpidas miradas á la multitud, pues deseaba encontrar algun amigo que me dirigiese su último adios; pero solo ví á Mirta, que se habia despertado y pulsaba el arpa riéndose, y á Polemon, que empinaba la copa, colmada de esquisito Siracusa. Entonces entregué mi cuello al ejecutor de las altas obras, y... nunca han esperimentado las vértebras del hombre estremecimiento tan doloroso; era frio como el último beso de la fiebre, agudo como el acero refinado, devorador como el plomo derretido. Una conmocion terrible me sacó de aquella angustia... mi cabeza habia rodado por el cadalso, y estaba espuesta á caer entre las manos de los niños de Larisa, que juegan con cabezas de muertos, cuando felizmente se detuvo junto una tabla mas levantada que las demás, é hizo presa en ella con toda la rabia que la desesperacion presta á la agonía. Un hombre acababa de morir públicamente, y todos los ciudadanos se retiraron satisfechos. ¡Mirta! ¡Mirta! esclamé sin abandonar la tabla salvadora, que me libraba de otras mil afrentas. ¡Lucio! ¡Lucio! me respondió ella: nunca duermes tranquilo, porque siempre bebes una copa de mas. Te perdono, con tal que no interrumpas mi sueño. Poco después ví á mi lado á un hombre con la cabeza echada hácia atrás... su pecho ostentaba una cicatriz triangular, la de la herida de lanza, que arrebató á Polemon en el sitio de Corinto... Era él, y dormia tranquilo. Busqué á Mirta y la divisé inmóvil y pensativa, clavando una mirada en el guerrero y mostrándole con la mano á Thelaira y á Theis. De pronto apareció Meroe con el áspid de oro, que arrojaba estridentes silbidos: el temible Smarra retiraba ya sus huestes nocturnas del imperio de las sombras, porque se acercaba la luz del dia. Theis, Thelaira y Mirta bailaban desmelenadas y lanzando gritos penetrantes. Levántate, me decian; y al mismo tiempo destrozaban mi quebrantado pecho, pisoteándolo sin piedad ni misericordia. Entonces procuré romper las ligaduras de hierro que oprimian mis manos, tan temibles al enemigo en los juegos del cesto y del pugilato; después descargué golpes mortales sobre el pecho del asqueroso enano, que hasta entonces me habia perseguido sin cesar... ¡Qué horror! Su pecho se hundia y volvia á elevarse semejante á una esponja, y el enano se reia de mis desesperados é impotentes esfuerzos.

La cicatriz de Polemon brotaba sangre, y Meroe, ébria de placer, enseñaba á sus compañeras el corazon del soldado, que acababa de arrancar de su pecho: todas las hijas de Larisa querian arrebatárselo; pero Smarra protegia con su rápido vuelo y sus amenazadores silbidos la horrible conquista de la reina de los terrores nocturnos, al paso que con el estremo de su trompa, cuya larga espiral se enroscaba como una víbora, acariciaba el corazon ensangrentado de Polemon para calmar la sed impaciente que le devoraba.

Desapareció por fin el encanto, y caí despierto junto al lecho de Polemon, mientras huian lejos de mí los monstruos, las brujas y todas las ilusiones de la noche. Mi mismo palacio y las jóvenes esclavas que formaban su mas bello adorno, ¿dónde estaban? Solo se distinguian la tienda de un guerrero herido al pié de las murallas de Corinto y el fúnebre cortejo de la muerte. Las lúgubres antorchas empezaban á apagarse, y solo se oian cánticos dolorosos... Polemon... ¡Oh rabia! mi mano pedia inútilmente una débil ondulacion á su pecho... Su corazon no palpitaba... aquel pecho estaba vacio.

EPÍLOGO.

Nunca daré crédito á esos cuentos de viejas y evoluciones de brujas. Los amantes, los locos y los poetas solo saben concebir fantasmas; hasta la misma verdad traspasa, al salir de su pluma, los límites de la razon.
SHAKSPEARE.

¡Ah! ¿Quién vendrá á romper los puñales? ¿Quién logrará estancar la sangre de mi hermano y hacer que vuelva á la vida? ¿Qué he venido á buscar aquí? ¡Dolor eterno! Larisa, Tesalia, ondas del Peneo que aborrezco... ¡Oh Polemon!... ¡Polemon!

«¿Qué dices ahí de puñales y de sangre? ¿Quién te obli»ga á pronunciar palabras sin órden, ó gemir con voz ahoga»da, como el viajero á quien asesinan durante su sueño y »que se despierta para morir?... Lorenzo... mi querido Lo»renzo»...

Lísida... Lísida... ¿me has hablado? He creido reconocer tu voz y que los duendes huian. ¿Por qué me has dejado, mientras recibia yo en mi palacio de Larisa los últimos suspiros de Polemon en medio de un ejército de brujas?

«No conozco á Polemon ni á Larisa, ni á tus brujas de Te»salia. Solo conozco á Lorenzo, á mi querido Lorenzo. ¿No »te acuerdas de que hace ocho dias se celebró nuestro matri»monio? Mira; ya ha amanecido. ¡Qué hermoso es el cielo de »la Lombardia!»

Las sombras van y vienen, me amenazan, me hablan de Lísida y de un sueño que he tenido en lejanos países.

«Eres un ingrato, Lorenzo; no quiero escuchar tus de»lirios.»

¿Dónde están Theis y Mirta? ¿Dónde las arpas de Tesalia? No... no me he equivocado, Lisida; he oido tu voz, y debes estár ahí... á mi lado; tú sola puedes libertarme de las escenas vengadoras de Meroe: líbrame tambien de Theis, de Mirta y de Thelaira.

«¡Ah! ¿Qué mugeres son esas? ¿Conque quieres casti»garme porque ayer bailé con otro? Pero si se hubiera atre»vido á hablarme de amor...»

Dios le preserve de semejante tentacion. Pero ¿es cierto que estamos en nuestra hermosa quinta de Arona? ¡Oh! deja que abra los ojos... ¡Cielos! ¿No he viajado esta noche por la Tesalia?

«Desecha esas quimeras y acaba de despertarte, Lorenzo: »escucha el ruido del lago de Arona y mira los rayos del sol »que alegran nuestras campiñas; respira la brisa de la maña»na, y ten presente que las aguas del Peneo estan muy dis»tantes de aquí.»

Nunca comprenderás lo que he padecido esta noche en sus orillas. ¡Funesta enfermedad! Apenas cierro los ojos, cuando se presentan á mi imaginacion las mas horribles escenas de desolacion y de sangre. Las últimas me han envejecido diez años.

«Te aseguro que tus cabellos son todavía negros y lus»trosos: por lo demás, yo estrecharé en lo sucesivo tu mano »con la mia, deslizaré la otra en los rizos de tu cabellera, »respiraré tu aliento, y estaré alerta contra un sueño profun»do, para despertarte antes que el mal que te atormenta lle»gue á tu corazon... ¿Duermes todavia?»

No... ya no... gracias á Dios.

EL COCHERO DE CABRIOLÉ.

(Conclusion.)

—¡Y qué! me contesta con orgullo, ¿no puede tu amo esperar hasta mañana?

—Parece que no, pues quiere hablaros ahora mismo.

—Bueno: ¿y dónde está?

—Aquí, contesta Mr. Eugenio, que nos habia oido. ¿Teneis la bondad, caballero, de entrar en este aposento? añadió señalando el que ocupaba María. Por mi parte, nada comprendia.

Abro la puerta... el capitan se retira á un gabinete haciéndome señas de que espere hasta que se oculte. En seguida me vuelvo y digo:

—Entrad, caballeros.

2009 Ministerio de Cultura

Mi amo empuja á Mr. Alfredo hácia adentro, me hace salir, cierra la puerta, y ambos nos quedamos fuera. Una voz temblorosa esclama:

—¡Alfredo!

Y este admirado contesta:

—¡María! ¡María! ¡Vos aquí!

—¡Ah! observé yo: es decir que Mr. Alfredo...

—Silencio! repuso mi amo: escuchemos desde aquí.

Al principio solo oimos á la señorita María, que al parecer suplicaba á Mr. Alfredo: al fin respondió este:

—No, María; es imposible; estais loca; yo no puedo casarme, porque dependo de una familia que no lo permitiría: pero soy rico, y si el oro...

Al llegar aquí, se convirtió la escena en un campo de Agramante. Por no tomarse el trabajo de abrir la puerta del gabinete, el capitan la hizo saltar de una patada. La señorita María arrojó un grito, y el capitan un juramento que hizo temblar toda la casa. Mi amo me dijo entonces:

—Entremos.

Ya era tiempo, pues el capitan Dumont sujetaba á Monsieur Alfredo con una rodilla que le habia puesto al pecho, y le retorcia el pescuezo, como si fuera un gallo. Mi amo los separó.

Mr. Alfredo se levantó pálido, con los ojos encendidos y los dientes apretados: no dirigió una sola mirada á la señorita María, que se habia desmayado; pero se acercó á mi amo y le dijo:

—No sabia que vuestra habitacion fuese una caverna de asesinos; pero no volveré á entrar en ella sin una pistola en cada mano.

—Así espero veros, le contestó mi amo, pues si entrais de otro modo, os pediré que salgais.

—Capitan, añadió Mr. Alfredo, tambien tengo otra cuenta con vos.

—Y vais á pagármela.

—Perfectamente.

—Ya empieza á amanecer; traed armas.

—Tengo espadas y pistolas, observó mi amo.

—Pues bien, dijo Mr. Alfredo, dentro de una hora al bosque de Boloña, puerta Maillot.

—Estamos prontos, contestaron el capitan y mi amo.

Quedaron estos en el cuarto; el capitan se inclinó sobre el lecho de su hija, y M. Eugenio quiso llamar para que la socorriesen.—No, dijo M. Dumont; mas vale que ignore todo esto. Adios, hija mia. Si muero me vengareis, M. Eugenio; ¿no es verdad? Tampoco abandonareis á la huérfana.—Os lo juro, capitan: Cantillon, trae un fiacre.—Está bien. ¿Me permitís que os acompañe?—Sí, amigo mio.

El capitan abrazó á su hija, llamó á la enfermera y la dijo: —Haced que recobre los sentidos; y si pregunta por mí, aseguradla que pronto volveré. Ea, amigo mio! marchemos.

Cuando volví con el fiacre ya me esperaban en la calle: el capitan llevaba pistolas en sus bolsillos, y M. Eugenio dos espadas debajo de la capa.

—Cochero, al bosque de Boloña.—Si muero, dijo el capitan á mi amo, entregareis á mi pobre María esta sortija que era de su madre. Además, dispondreis que se me entierre con mi cruz y mi espada. No tengo mas amigo que vos, ni mas pariente que mi hija: así pues, mi hija y vos acompañareis mi ataud.—¿Por qué pensais tan tristemente, capitan?—Este se sonrió con amargura y contestó:—Todo me ha salido mal desde 1815. Ya que me habeis ofrecido no abandonar á María, mejor será para ella un protector jóven y rico que un padre viejo y pobre.

Un cabriolé seguia al nuestro, y M. Alfredo se apeó de él con sus dos padrinos: uno de estos se nos acercó y dijo:—¿Qué armas, capitan?—Pistolas, respondió este.—Quédate en el fiacre y cuida de las espadas, me dijo mi amo.—Y al punto se metieron los cinco en el bosque.

Apenas habrian trascurrido diez minutos, cuando oí dos pistoletazos: dí un salto, como si no esperase aquello... uno de los dos habia muerto, porque pasaron otros diez minutos sin que el fuego se repitiese.

Yo me hallaba en el fondo del fiacre y no osaba moverme: de pronto se abrió la portezuela y me dijo mi amo:—Cantillon, vengan las espadas.—Se las dí y cuando las recibió noté que tenia en el dedo la sortija del capitan.—Y... y M. Dumont?.. le pregunté.—Muerto.—Por Dios, permitidme que os siga.—Ven, si quieres.

Salté del fiacre, pero mi corazon era entonces tan pequeño como un grano de mostaza. Mi amo entró en el bosque, y encontramos á M. Alfredo riéndose con sus dos padrinos.—Cuidado, me dijo M. Eugenio empujándome.—Miré al suelo y ví el cuerpo del capitan.

Mi amo se adelantó hacia el grupo, puso las espadas en tierra y dijo: Podeis medirlas. ¿No quereis aplazar el duelo para mañana? le preguntó uno de los padrinos.—Imposible. —No hay cuidado, repuso M. Alfredo; del primer combate he salido bien y no siento fatiga alguna: sin embargo, beberia con gusto un vaso de agua. Cantillon, trae un vaso de agua para M. Alfredo.

Yo tenia tantas ganas de obedecer como de ser ahorcado. M. Eugenio me hizo una señal con la mano, y tomé el camino de la fonda situada á la entrada del bosque. Al punto estuve de vuelta, y al presentar á M. Alfredo el vaso de agua, murmuré: ¡Si te sirviera de veneno!.. Cuando lo tomó no temblaba su mano, pero observé después que habia apretado mucho el cristal entre sus dientes, pues me lo entregó roto por el borde.

Entonces ví que mi amo estaba ya preparado para el duelo: solo habia conservado en su cuerpo el pantalon y la camisa, cuyas mangas tenia remangadas hasta mas arriba de los codos. Acerquéme á él y le pregunté: ¿Nada quereis ordenarme? No, me dijo: no tengo padre ni madre: si muero... y escribió unas cuantas palabras con su lapicero, entregarás este papel á María.

Dirigió una mirada al cadáver del capitan y se fué hácia su adversario diciendo:—Cuando gusteis.—Pero no teneis padrino, observó Alfredo. Uno de los vuestros puede serlo. Ernesto, pasad al lado de M. Eugenio.

El otro padrino cogió las espadas, colocó á los dos adversarios á cuatro pasos uno de otro, les puso las espadas en las manos, cruzó las dos hojas y se apartó diciendo:—Adelante.

Al mismo tiempo los dos adelantaron un paso, y sus aceros se encontraron junto á la empuñadura.—Retroceded, dijo mi amo.—Nunca soy el primero, respondió M. Alfredo. —Está bien.

M. Eugenio retrocedió un paso y quedó en guardia.

Trascurrieron diez minutos horribles.

Las espadas se enroscaban como dos culebras: M. Alfredo era el único que atacaba, y mi amo, siguiendo con la vista todos sus movimientos, paraba los golpes con el mismo aplomo que hubiera tenido en una sala de armas. Mi rabia no conocia límites; y si hubiese estado allí el criado del otro, le hubiera desollado vivo de buena gana.

El combate proseguia: M. Alfredo se reia amargamente; pero mi amo permanecia frio y sosegado.

—¡Ah! gritó el primero.

Su espada habia tocado á mi amo en el brazo, y corria la sangre.

—No es nada, adelante, dijo M. Eugenio.

Yo sudaba á mares.

Los padrinos se acercaron, pero mi amo les advirtió por señas que se alejasen: su contrario aprovechó aquel movimiento y partió á fondo; mi amo llegó tarde á la parada en segunda, y brotó sangre de su muslo. Yo me senté en la yerba, porque las piernas no me sostenian.

M. Eugenio no perdia su serenidad: lo único que hacia era apretar los dientes: su contrario sudaba como un condenado y se debilitaba de minuto en minuto. Por fin mi amo avanzó un paso y M. Alfredo retrocedió, tirando una estocada, que paró su enemigo con tal fuerza que le obligó á hacer un saludo con la espada: de este modo dejó el pecho descubierto y el acero de mi amo penetró en él hasta la guarnicion.

M. Alfredo estendió los brazos, abandonó el arma y permaneció en pié, porque la espada le sostenia: en cuanto M. Eugenio la retiró, cayó al suelo.

—¿Me he conducido como un hombre de honor? preguntó á los padrinos.

Estos le respondieron afirmativamente y se acercaron á M. Alfredo. Mi amo me dijo entonces: Vuelve á París y lleva á casa un escribano; quiero encontrarle en ella cuando llegue. Si es para que M. Alfredo haga su testamento, tiempo perdido, porque se retuerce como una anguila y vomita sangre, lo cual es de muy mal agüero.—No es para eso.

—¿Y para qué era? pregunté yo interrumpiendo al cochero.

—Para casarse con la señorita Maria y reconocer á su hijo.

—¿Y lo hizo así?

—Por supuesto. Después de concluido todo, me dijo: Cantillon, mi esposa y yo vamos á viajar; quisiera llevarte; pero ya conoces que tu presencia le causaria mucha pena. Ahí tienes mil francos, el cabriolé y el caballo; dispon de tu persona, y cuando me necesites no acudas á ningun otro.

Eché mis cuentas y me hice cochero. Ya sabeis mi historia.—¿Adónde quereis que os lleve?

—A mi casa.

Entré en ella y escribí la historia de Cantillon del mismo modo que él me la habia contado.

ALEJANDRO DUMAS.

HISTORIA DE UNA TAZA DE CAFÉ.

(*Conclusion.*)

«Nosotros miramos hoy con gran desden la alfarería comun, la loza. No nos basta ya la porcelana, y pedimos á la China y al Japon sus productos para satisfacer nuestros antojos y caprichos, aunque por el mismo precio podríamos obtener en nuestro país productos mas perfeccionados. Pero pagariamos á peso de oro un servicio de China grosero, y regatearemos miserablemente las maravillas que crea nuestra industria. Tal es el influjo de la moda.

»Sin embargo, ¡qué materia hay cuyo desarrollo ofrezca mas interés que la de los progresos para el perfeccionamiento de la alfarería comun, que forma casi la única batería de cocina del pobre! ¡Un alfarero, cuyo nombre ignora Vd. sin duda, mientras se avergonzaria de no conocer el de un general cualquiera que haya ganado una batalla; un alfarero, digo, M. Fourmy, se dedicó á principios de este siglo á mejorar la batería de cocina del pobre, á consolidar y sanear el esmalte que la cubre, y al mismo tiempo se dedicó á dar mas elegancia á las formas de las vasijas vulgares, esas formas que los griegos habian casi idealizado.

»¡Y la loza, tan desdeñada hoy, qué conquistas! ¡qué elemento de civilizacion! ¡Y ese producto lo debemos á los árabes! Aun cuando no fuese sino por ese recuerdo, se debiera no guerrear mas contra ellos en Argelia, y pagarles con una buena é inteligente administracion el servicio de que el mundo entero es deudor á sus antepasados. Los italianos fuéron los primeros que se apoderaron del descubrimiento de los árabes, y le dieron el nombre de la ciudad en que se estableció la primera fábrica de ese producto perfeccionado. De Italia á Francia no habia mas que un paso. Los primeros vidriados franceses salieron de Nevers; esto sucedia en el siglo XIV. Bien pronto las principales ciudades de Francia tuvieron á mucho honor el poseer sus fábricas, y Bernardo de Palissy, alfarero del rey Cárlos IX, tuvo la gloria de elevar esa fabricacion á la altura de un arte y una ciencia. Aun hoy estamos viviendo de los restos de aquel grande ingenio.

»Un inglés, Josías Wegdwood, tratando de sacar un partido ventajoso de los progresos realizados por Bernardo Palissy, resolvió poner al alcance de las mas humildes fortunas los esmaltes que el ilustre alfarero de Cárlos IX habia descubierto á costa de su fortuna y su vida. Dicho inglés estableció en el Staffordshire, hace como siglo y medio, una fábrica cuyos productos se designan aun con el nombre de *loza inglesa* ó de *tierra de pipa*. La pasta, preparada con tierras que no contienen óxido de hierro, era blanca, y estaba cubierta de un esmalte cristalino, lo cual fué una revolucion pacífica, y para la Inglaterra un triunfo y un manantial de riquezas. Segun el uso antiguo y solemne, nosotros habiamos sembrado, y la Inglaterra recogido la cosecha. Nuestros vecinos han conservado esa superioridad; sus fábricas del Staffordshire, de Wormster, de Derbys inundan el mundo con sus productos, que representan una suma de 70 millones de francos anuales, y sean cualesquiera los esfuerzos de nuestros industriales, nos hallamos aun á retaguardia. Nuestras principales fábricas de loza fina, situadas en Creil, Montereau, Choisy-le-Roy, Gien, Sarreguemines, Arboras y Tolosa, hacen lo que pueden; yo que estoy hablando á Vd., las he visitado, he examinado todos sus productos, y hallo que la proteccion acordada á esa industria no ha producido aun el feliz efecto quese esperaba. Además, esa proteccion es ininteligente; se han prohibido los productos ingleses, y se ha quitado de ese modo á nuestra industria nacional su principal estímulo, mientras que si sólo se hubiese impuesto á esos productos unos derechos protectores, nuestro país, que posee todas las tierras propias para ese género de produccion, rivalizaria hoy con la industria inglesa.

»En desquite, nuestras fábricas de porcelana han adquirido un grado estraordinario de superioridad.»

—¡Loado sea Dios! esclamé yo dando un suspiro y tragando mi última bocanada de café. ¡Al fin ya escampa!

—«¡Ah! repuso mi huésped ¡Vd. se impacienta! ¡Qué hombre tan ligero es Vd! Ateniense de Paris! ¿qué no sacrificaria Vd. á una agudeza! ¡Sí, ya escampa! Mire Vd. esos jarrones de Sévres que estan sobre mi chimenea! Mire esos viejos jarrones de Sajonia! Todo eso es muy maravilloso; pero cuando veo nuestras porcelanas comunes penetrar en las mas humildes casas, me envanezco mucho mas de nuestra industria, que contemplando las raras obras maestras que solo algunos privilegiados pueden poseer. Mucho tiempo hace ya que un misionero de la China, el Padre de Entresolles, publicó por primera vez los detalles y procedimientos de la fabricacion china. Algo era ya el conocer esos procedimientos; pero para fabricar la porcelana se necesitaba una tierra especial. Un dia, el sajon Boeticher, químico distinguido, combinando tierras de diferentes naturalezas para crisoles, halló la preciosa mezcla en que reconoció las calidades esenciales de la porcelana de China, y al punto mandó principiar las esperiencias en la fábrica de Meissen, cerca de Dresde.

»Aquellos ensayos salieron bien, y muy luego no se habló de otra cosa que de aquel descubrimiento, y en pocos años las porcelanas de Sajonia adquirieron una fama universal. Todos los soberanos de Europa quisieron tener sus fábricas mas ó menos reales, mas ó menos imperiales, y la Francia no quiso quedarse atrás. Todos sus sabios é industriales se pusieron á la obra; pero nos faltaba la preciosa tierra conocida con el nombre de kaonin. El acaso, si es que se puede dar ese nombre fatalista á las misteriosas combinaciones de que se sirve la Providencia para hacernos realizar todos nuestros progresos, la Providencia acudió á nuestro socorro, y por último nuestra manufactura de Sévres pudo fabricar la porcelana dura, la verdadera porcelana.

»La industria privada, emancipada por la revolucion de 1789, se apoderó de aquel descubrimiento y sacó de él un partido prodigioso. Yo, por mi parte, jamás me sirvo de una taza ó un plato de porcelana sin pensar en los hombres célebres, en los Nart, los Chalot, los Honoré, los Jacob Petit, que á fuerza de trabajo é investigaciones han hecho de esta fabricacion uno de los mas bellos florones de nuestra corona industrial.

»¿Se figura Vd. toda la ciencia, los cálculos, estudios, ensayos y sacrificios que han sido necesarios para llegar al punto en que nos hallamos, para endurecer al fuego esa arcilla tan hábilmente preparada, para cubrirla de ese esmalte que la preserva de los ataques del tiempo y le da el brillo que está Vd. viendo, para fijar esos dorados, esas flores, esos armoniosos dibujos? El departamento del Haut-Vienne y el Limouf suministran el kaolin á casi todas nuestras fábricas del Cher, del Allier, del Nievre, del Indre, del Oise, etc., y en París hábiles é inteligentes obreros adornan con mas ó menos gusto esos productos que Vd. admira con razon.

»Así recapitule Vd: para poder Vd. tomar después de la comida ese líquido escitante que tanto le gusta á Vd. beber en una taza de forma esquisita, ¡cuántos esfuerzos seculares! Los chinos, las árabes, los griegos, todos los navegantes, todos los sabios, todos los industriales, se ponen á la obra. Bernardo de Palissy pone su ingenio al servicio de los goces de Vd.; las naciones luchan entre sí para perfeccionar sin descanso esa produccion que esportamos hoy á todos los puntos del mundo, y especialmente á los Estados-Unidos, por decenas de millones de francos.»

El viejo se paró para tomar aliento. La urbanidad no me permitia decirle que hallaba su relacion menos entretenida, y tan incompleta como las del vestido de muselina y del sombrero de raso color de rosa. Ya iba á despedirme de mi huésped, cuando estrechándome la mano, me dijo; «Créame Vd.; esponga Vd. la historia de las diversas industrias bajo la forma que le indico; y le autorizo para que reproduzca nuestra conversacion, si gusta.»

—¡Muchísimas gracias! Mi viejecito estará contento; pero para completar esta historia muy insuficiente de una taza de café, contaremos en otro artículo la de un grano de café, que no carece de encanto.

LUIS JOURDAN.

AL CISNE DE PLATA.

(*Conclusion.*)

CAPITULO XII.

Aquella noche no se acostó la baronesa, y si el lector recuerda que se hallaba en frandulenta posesion del gorro metálico de Gaspar, comprenderá fácilmente el género de ocupacion que la tuvo desvelada mientras dormian á pierna suelta los demás moradores del palacio. Gertrudis queria salvar á todo trance el crédito de su arrepentido esposo impidiendo el embargo de las propiedades adquiridas: el gorro por lo tanto anduvo por el aire toda la noche, y tanto fué lo que habia producido antes de amanecer, que la baronesa se vió precisada á desocupar un grande armario que contenia sus trages, para dar cabida en él á la plata recien acuñada que yacia en montones por el suelo. Hecha esta operacion, creyó que el partido mas prudente era tomar algun descanso, y se metió en su cama.

2009 Ministerio de Cultura

Eran las nueve de la mañana cuando Gaspar, que habia pensado muy bien lo que tenia que hacer para coadyuvar á los planes de Gertrudis aunque los ignoraba, y que en ocasiones sabia perfectamente donde le apretaba el zapato, pasó recado al conde para que se sirviese pasar á su gabinete. El ilustre arruinado, antes de corresponder á esta invitacion consultó el caso con la condesa, la que sin perder tiempo llamó á Otilia y Federica, pues desde luego conoció que se trataba del divorcio y matrimonio proyectados.

—Lo primero y principal que debemos fijar, dijo el conde luego que llegaron sus hijas, es la respuesta que he de dar al baron en cuanto á su himeneo con Otilia: ya sabeis que Otilia se le ha metido en la cabeza, y es hombre testarudo como el que mas.

—Es un hipopótamo con ribetes de camello, observó Federica picada.

—¡Eh! repuso su padre; no hables mal de quien puede llegar á ser tu marido, si deja de ser tu cuñado.

—Hablo así porque nunca me casaré con él. ¿Soy por ventura plato de segunda mesa?

—No te apures, replicó Otilia, pues con gusto te cedo el novio. ¿Quién te ha dicho que yo quiero por marido á un avestruz como el baron Kellermain?

—Pues no hay remedio, gritó el conde echando chispas por los ojos; el esplendor de nuestra casa requiere que se case con una de las dos; es hombre poderoso, pierde al juego como un príncipe, bebe mas que seis, y paga todas las cuentas sin mirarlas. Os aseguro que es el yerno que me conviene, y que no buscaré otro mientras él no lo sea. Así pues, Otilia, cierra los ojos para no ver sus defectillos, y devuelve á tu familia su pasada opulencia.

Al oir Otilia estas palabras se puso furiosa como una pantera, habló de los padres que por cálculos ambiciosos sacrificaban á sus hijas, y por último, declaró terminantemente que si se veia obligada á dar su mano al baron, convertiria su hija, la aporreó de lo lindo, hasta no dejar en todo su cuerpo hueso sano, sin que los gritos de la condesa ni los chillidos de Federica consiguiesen aplacar su terrible cólera.

A tan horrible estrépito acudió Gaspar, que ya estaba impaciente por la tardanza del conde en acudir á su gabinete.

Los tres Mosqueteros y su eminencia el cardenal Richelieu.

¡Cuál fué su admiracion al verle hecho un basilisco y descargando furibundos y repetidos golpes sobre la desdichada Otilia!

—¿Qué es esto, compañero? le preguntó quitándole la presa de las manos.

—¿Qué ha de ser? esclamó la víctima espiatoria de la codicia del conde: que sois un mónstruo, un infame, supuesto

—Pero, hombre... observó la condesa.

—¡Para mí!.. repuso Federica.

—Poco á poco, replicó Gaspar: á mi no se me da gato por liebre.

—Señor baron, le contestó la condesa, mi Federica es tan buena como la mas alta y encopetada señorita del reino, y mas de cuatro se darian con un canto en los pechos...

—Estamos, estamos, pero yo habia echado el ojo á Otilia, y supuesto que ella no quiere, es inútil pensar en otra: me quedaré con la baronesa, y santas pascuas.

—Eso, señor baron, es faltar á lo prometido, dijo el conde.

—No tal: es recibir calabazas de una y no querer esponerme á recibirlas de otra.

—Daré un escándalo: haré ver que habeis solicitado ser mi yerno.

—¡Eh! dejadme en paz, y escandalizad cuanto gusteis.

—Intervendrá la justicia y tendremos litigio.

—¿Litigio? Creo que á ninguno de los dos nos conviene.

—¡Qué! ¿Lo decis porque lo he perdido todo?

—Lo digo porque estoy arruinado... pero en fin, si se os ha metido esa idea estravagante en el magin, por mi parte pleitearé como pobre.

—¡Arruinado!... ¡Vos, baron!

—Ni mas ni menos que vos, conde: dentro de tres horas quedarán embargadas todas mis propiedades, que algun dia fueron vuestras.

Al escuchar esta declaracion se despejó el semblante del conde: acercóse á Otilia, y con meloso acento la dijo:

—Siento, hija mia, que una lamentable equivocacion me haya obligado á mostrarme algo severo contigo: no se hable mas del asunto de matrimonio. En cuanto á tí, Federica, añadió dirigiéndose á su hija segunda, tampoco te importunaré mas pidiéndote que consientas en un enlace que al señor baron no le parece conveniente. Señor baron, me parece que no pleitearemos por tan poca cosa, pues, á Dios gracias, creo

Los tres Mosqueteres.—Muerte de Mad. Bonacieux.

Los tres Mosqueteros.—El gran canciller en la habitacion de la reina.

la primera noche de bodas en un degüello troyano, pegando fuego al palacio, asesinando á todos sus habitantes, y arrojándose después ella misma á las llamas. Horrorizado el conde, se arrancó las barbas, bufó y pateó, como si tuviera en el cuerpo una legion de familiares, y después de maldecir á

que os empeñais en conducirme al altar contra mi deseo. Mi padre me maltrata, porque no os quiero para marido.

—Ni lo mereces, hija desnaturalizada, gritó el conde: desde este momento queda reservado tan alto honor para Federica.

que no faltarán maridos de provecho para mis hijas, y que de este modo cumplo vuestro gusto devolviéndoos vuestra palabra.

—Cumplís perfectamente con la índole de vuestras inclinaciones, señor conde, porque no entra en vuestros cálculos

2009 Ministerio de Cultura

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

verno sin dinero. Apuesto mi gorro de dormir á que ahora no me concedeis por esposa ni á Otilia ni á Federica, aunque yo os pida una de ellas, y aunque las dos esten prontas á casarse conmigo.

—De modo que... ya conoceis, señor baron... después de lo que ha pasado...

—Mi pobreza, conde, mi pobreza; está entendido, y no se hable mas. Ahora bien: como todo esto pasará regularmente á otras manos, me veo en el sensible caso de deciros que desocupeis hoy mismo vuestras habitaciones, y os vayais con la condesa, con Otilia y con Federica, es decir, con toda la música á otra parte.

—¿Qué estais ensartando ahí, señor baron? ¿Cómo teneis atrevimiento de echarnos del palacio que, al fin y al cabo no es vuestro, supuesto que va á quedar embargado?

—Señora condesa, replicó Gaspar incomodado de todo punto, aquí nadie manda sino yo, y este palacio, aunque esté embargado setecientas veces, será siempre mio, porque Dios me ayudará y sabré rescatarlo: lo que ahora me interesa principalmente es librarme de la hipoteca que han echado sobre mí los viboreznos de que se compone vuestra detestable familia. No quiero aquí plantas parásitas, y necesito sobre todo economizar el vino de la bodega, lo cual es imposible mientras permanezca en esta casa el señor conde, que se ha bebido ya tres cosechas enteras. Conque al avío: os he significado mi voluntad, y os cierro la puerta.

—Pero, baron, ¿adónde hemos de ir?

—Al infierno, si quereis; eso es lo que menos me importa.

—Baron, gritó el conde, me dareis una satisfaccion por vuestros insultos.

—Estoy dispuesto á moleros todos los huesos del cuerpo con un garrote y á enderezar á palos el espinazo de vuestra hija Otilia; pero por lo pronto, exijo que salgais de aquí inmediatamente, pues de lo contrario arrojaré vuestras galas á un muladar y os aplastaré á todos con mis piés tratándoos como insectos asquerosos.

Esto diciendo volvió Gaspar las espaldas á toda la familia y se fué al salon.

En él le esperaba ya el escribano, dispuesto á apoderarse del palacio y sus dependencias, si no le pagaban en moneda corriente el segundo plazo consabido. Gaspar le miró desdeñosamente, pues estaba resuelto á todo, y le dijo:

—Me parece que hubiérais podido escoger otra hora mejor para venir á hablar de negocios.

—La ley, señor baron, la ley, contestó el escribano con orgullo: si no pagais antes de las doce, procederé al embargo.

—Alto ahí, señor escriba! ignoro en este momento si pagaré ó no; pero lo que tengo por indudable es que os calentaré á mi sabor las costillas, si no sois mas comedido.

—Soy un funcionario público y volveré con fuerza armada, gritó el escribano dirigiéndose hácia la puerta: pero en aquel momento se presentó Gertrudis, seguida de dos criados que llevaban sendos talegos de acuñada plata.

—¿Se puede saber, preguntó, para qué os servirá esa fuerza con que amenazais?

—Para hacer que se respete la ley, para hacer que no oponga el señor baron impedimentos al embargo.

—¿Y quién os ha dicho que lo hemos de consentir? ¿De cuando acá se embarga á los que pagan bien?

—¡Ah, señora baronesa! Eso es distinto... si pagais...

—Contad el dinero que contienen esos sacos, dad recibo al baron, y otra vez tened á raya la lengua.

Gaspar abrió unos ojos como puños, el escribano contó y recontó el dinero que le entregaron los criados, estendió el recibo, y se deshizo en escusas y cumplimientos. Gertrudis le arrojó unas cuantas monedas para que refrescase á su salud, y le despidió con un gesto.

Gaspar abrazó á su esposa con efusion diciendo:

—Me has salvado! eres mi ángel bueno, y desde hoy serémos felices, aunque no volvamos á hacer plata.

Sonrióse Gertrudis y le preguntó:

—¿Quieres divorciarte ahora?

—¡Ah! esclamó el baron dando un bufido; no me hables de eso: esa familia de reptiles desocupará hoy mismo el palacio.

—Todo lo sé, amigo mio, dijo la baronesa; pues he presenciado la escena por el agujero de la llave del cuarto de la condesa. Abrázame, Gaspar, porque has obrado como un hombre.

Satisfechos nuestros esposos, se entregaban á su contento, cuando les anunciaron la visita de Miguel. Presentóse este con orgulloso aspecto y queriendo humillar al baron, que con tanta dureza le habia tratado el dia antes, le dijo:

—Ya he visto, aunque de lejos, salir de aquí al escribano, y como supongo que os embargan, señor baron, vengo á examinar el palacio, porque tal vez me convendrá adquirirlo.

—¡Tú! respondió Gaspar, ¡tú puedes comprar mis propiedades!

—Y pagarlas al contado, repuso el nuevo hosterero: ya os dije ayer que habia hecho algunos ahorrillos, pues el *Cisne de Plata* no deja de ser productivo.

—Yo creia, observó Gaspar diplomáticamente, que venias á hablar á la baronesa de tu proyecto de casar á Jorge con mi Gertrudis.

—¡Ca! Acordaos de la cancion: *Cuando quise no quisiste*... Además, sois, como muchos en el mundo, un baron arruinado, y yo... ya veis... empiezo á levantar la cabeza... Gertrudis, que se la habia estado examinando sin chistar, murmuró.

—Yo haré que la bajes.

Y al punto salió del salon, llamó á un criado, y le dió órden de que inmediatamente fuese á buscar al juez y al alcalde. Hecho esto volvió al salon y procuró entretener á Miguel hasta la llegada de aquellos funcionarios. Cuando estos entraron, decia la baronesa:

—Hay muchos modos de adquirir grandes fortunas, señor Miguel, y la tuya no ha venido por el camino real.

—Como la vuestra, contestó el hosterero.

—Pronto lo veremos. ¡Ah, señor juez! llegais á buen tiempo, y vos tambien, señor alcalde... pero antes será conveniente que tomeis alguna cosilla para descansar.

Sentáronse todos, desocuparon algunas botellas de esquisito añejo que la baronesa tuvo especial cuidado de servirles, y en seguida tomó la palabra:

—Señores, dijo al juez y al alcalde, os declaro que en la persona de Miguel estais viendo á un hombre que ha hecho pacto con el diablo.

Miguel dió un brinco, y los demás se levantaron.

Palacio erigido en Dublin para la Esposicion.

2009 Ministerio de Cultura

—Las pruebas... repuso el juez.

—El gorro verde que cubre su cabeza y con el cual fabrica todo el dinero que quiere.

Miguel se puso pálido y se dejó caer sobre una silla, dándose con el puño un golpe en la cabeza como desesperado. No bien hubo tocado el gorro su mano cerrada, cuando por la borla de aquel salieron uno tras otro diez escudos de oro tan brillantes como si acabáran de acuñarse.

—No hay duda, esclamó el juez.

—La brujería está probada, añadió el alcalde.

—Señores, señores, repuso Miguel desconcertado, yo esplicaré... yo encontré este gorro... yo no sabia... estaba allí... ¡Y el encarnado! ¡El encarnado del baron! Ese... ese... produce plata.

—¡Impostor! calumniador! replicó Gertrudis: ahora lo veremos. Vamos, baron, entregad vuestro gorro al señor juez, que es un sabio y no puede equivocarse, y al señor alcalde, que es hombre recto, si los hay, para que lo examinen y lo destruyan, si es preciso, pues es una prenda inútil, cuya falta en nada afectará á nuestra riqueza.

—Capaz será mi gorro, pensó Gaspar, al ponerlo en manos del juez, de producir ahora un celemin de monedas de plata, después de haberse vuelto estéril hace veinticuatro horas.

El juez y el alcalde dieron mil vueltas al gorro encarnado y declararon que era un gorro legítimo de dormir, semejante en un todo, añadió el primero, al suyo, que la criada habia perdido hacia unos cuantos dias.

—Pues bien, tengo el gusto de regalaros ese, dijo la baronesa.

El baron miró á Gertrudis, y esta murmuró:

—Yo te haré otro mejor.

El resultado de todo fué que Miguel sufrió un proceso, que le espuso á perder el juicio y á ser quemado en una hoguera: por fin, los empeños de la baronesa, que tuvo vara alta con el juez, consiguieron que el pobre hosterero saliese libre y que se quemase públicamente el gorro verde. De este modo quedó triunfante el gorro encarnado, que Gertrudis volvió á colocar con orgullo en la cabeza de su esposo, diciéndole:

—Tú me has librado de una rival; y después de desengañarte, has hecho salir de aquí al conde y su familia de sanguijuelas: yo he conseguido que Miguel no sea nuestro enemigo, inutilizando sus manejos: el gorro verde... el gorro verde... bien te dije yo en otro tiempo, que mi galan caballero, que nos dejó esa prenda, era todo un señor; nosotros la despreciamos, pero producia oro, Gaspar... oro puro... En fin, contentémonos con nuestro gorro encarnado, baron, porque ya está visto que la muestra de nuestra antigua hostería no puede fallar: acuérdate que dice *Al Cisne de Plata.*

EL SUEÑO DE ORO.

CAPITULO PRIMERO.

EL LAGARTO.

Todos sabemos que este reptil es el mas lindo, el mas sutil y el mas inofensivo de todos los de su especie: se viste de oro como un gran señor, pero ostenta un carácter tímido y modesto y vive solo y retirado, lo cual le ha dado fama de sabio: nunca ha hecho mal á nadie, y por eso se ha hecho querer de cuantos le conocen. Las jóvenes se alegran cuando las mira con sus amorosos y alegres ojillos, irguiendo el cuello azul, salpicado de rubies, entre las rendijas de una pared arruinada, ó haciendo brillar con los rayos del sol los innumerables reflejos del traje maravilloso que le cubre.

Entonces se dicen unas á otras:

—Hoy no te ha mirado á tí el lagarto, sino á mí, porque soy para él la mas hermosa.

El lagarto no piensa en ellas; lo que hace es buscar sabrosas plantas y raices para festejar á sus camaradas y refocilarse con ellos sobre una piedra caldeada por el insufrible calor del mediodia.

Cierto dia encontró en sus soledades un tesoro, compuesto de piezas redondas tan bonitas y resplandecientes, que no parecia sino que acababan de salir del cuño. Un rey, que huia de sus estados, lo habia abandonado á fin de correr con mas desembarazo.

—¡Buen agosto! esclamó el lagarto; hé aquí sin duda abundantes provisiones que la suerte me depara para el invierno: deben ser pedazos de esa zanahoria fresca y azucarada que despierta mi apetito á toda hora, aunque nunca los he visto tan incitantes ni tan amarillos.

El buen lagarto se arrastró hácia el tesoro, aunque no directamente, sino haciendo prudentes rodeos, segun acostumbra. Unas veces iba con la cabeza levantada, el hocico estirado, el cuerpo sin plegarse y la cola recta y vertical; otras se detenia indeciso, inclinando sus ojos hácia el suelo y aplicando sus oidos al aire para escuchar el mas leve ruido; todo lo examinaba, de todo queria asegurarse: ya avanzaba animosamente un trecho, ya se retiraba replegándose y palpitando de terror, como si una turba de muchachos le persiguiese á pedradas; poco después recobraba el ánimo, levantaba su brillante lomo, esponia su cortado talle á todos los caprichosos juegos de la luz, y doblando al punto los pliegues de su rica armadura, y erizando las doradas escamas de su cota, tan pronto aparecia verde, como encarnado; tan pronto pardo, como cubierto de todos los colores del arco Iris.

Al llegar junto al tesoro, fijó en él sus miradas, se estiró como un alambre, se levantó sobre sus dos manos, y acometió á la primera pieza de oro que encontraron sus dientes. Rompióse uno, dió un salto de diez pies á retaguardia, volvió á la carga con mas cuidado, y no mordió con tanta furia.

—Muy secas estan, dijo con tristeza: los lagartos que recogen tan magníficas zanahorias bien pudieran conservarlas en sitios húmedos, para que no perdiesen su propiedad alimenticia; preciso es convenir en que la especie de los lagartos está poco adelantada. Por mi parte, no tengo ahora gran deseo de llenar el buche, y voy á llevar estas provisiones á la sombra de un árbol y las pondré entre las yerbas que humedecen el rocío y los manantiales de estos contornos: dormiré á su lado en la caliente y fina arena que el sol dora, y cuando las abejas, abandonando las flores en que reposan, me despierten con sus zumbidos, daré principio al mas opíparo almuerzo de lagarto que se haya visto en el mundo.

El lagarto de que hablamos era muy ejecutivo, y por consiguiente hizo lo que dijo. Así que, el tesoro, llevado pieza á pieza hasta el paraje indicado, se refrescó inútilmente durante la noche entre el musgo y las altas yerbas mojadas que circuian el espacio: además de esto, un árbol copudo estendia allí sus magníficas ramas, invitando á los viajeros á un sueño apacible bajo su sombra.

Fa igado el lagarto, se durmió al fin tranquilo y satisfecho, y soñó toda la noche que estaba comiendo zanahorias frescas. Hasta aquí la historia del lagarto.

CAPITULO II.

XAILOUN.

Al dia siguiente apareció por allí el leñador Xailoun, atraido por el melodioso murmullo de las aguas del inmediato riachuelo y por el fresco y risueño aspecto de la pradera. El sitio halagó desde luego la natural pereza del aldeano, que todavia se hallaba lejos del bosque, y que, segun su costumbre, mas queria estar ocioso que trabajar.

Como hay pocas personas que hayan conocido á Xailoun, os diré que era uno de esos entes desgraciados, producidos únicamente por la naturaleza para que existan. Era contrahecho y muy limitado de entendimiento; pero por lo demás, sencillo y bueno, incapaz de hacer mal, de pensar en él y de comprenderlo: de modo que su familia no habia visto en él, desde su niñez, mas que un objeto de tristeza y al mismo tiempo un estorbo. Las humillantes burlas á que se veia contínuamente espuesto, le inspiraron una aficion decidida á la vida solitaria, y por lo mismo le dedicaron al oficio de leñador, á falta de todos los demás que le prohibia abrazar su nulidad, pues en su pueblo solo se le conocia por Xailoun el imbécil. Los niños le seguian efectivamente por las calles gritando: ¡Eh! ¡Eh! Ahí va Xailoun, el mejor leñador del mundo, á buscar á su primo el lagarto que le espera en el tronco de un árbol.—Sus mismos hermanos bajaban la cabeza llenos de vergüenza al oir estos insultos justificados del pueblo; pero Xailoun los despreciaba, y se sonreia de los dichos de los muchachos.

Habíase acostumbrado á pensar que la pobreza de su trage entraba por mucho en el desprecio con que se le trataba en su pueblo, porque no hay hombre que juzgue desventajosamente de sus facultades intelectuales, y concluyó creyendo que el lagarto, el animal mas hermoso entre todos los del mundo, cuando ostenta sus escamas al sol, era tambien el mas favorecido de los seres creados: juraba por lo mismo, si llegaba á ser amigo suyo, adornarse con alguno de los ricos trages de colores que tanto admiraba en él, para entrar pavoneándose en el pueblo y fascinar á sus paisanos con su magnificencia.

Además, decia el buen hombre con la mayor candidez, el lagarto, segun aseguran, es primo mio; y ya que mis hermanos me rechazan, quiero vivir con él, aunque solo pueda serle útil para prepararle por las noches una cama de hojas secas, y para calentarle su habitacion durante el invierno. El lagarto puede hacerse viejo antes que yo, porque ya brillaba cuando yo era pequeñito; pero, á Dios gracias, no ignoro cómo debe cuidarse á un enfermo. Lo único que siento es que se muestre tan arisco.

El lagarto en verdad no correspondia cortésmente al afecto de Xailoun, pues cuando este se le acercaba, desaparecia como un relámpago entre la arena, y solo se detenia detrás de alguna piedra, para dirigir hácia él unos ojos que pudiera envidiar el mas esperto lince. Xailoun le miraba entonces con el mayor respeto, y le decia humildemente:

—Primo mio, ¿por qué huyes de mí, siendo como soy tu amigo y compañero? Solo quiero servirte y agradarte. No rechaces pues, como lo han hecho mis hermanos, á tu fiel Xailoun, en caso de que necesites un buen criado.

El lagarto no le escuchaba, y Xailoun volvia llorando al lado de su madre, porque su primo no habia querido hablarle.

El dia en cuestion le echó su madre de casa diciéndole:

—Vete, miserable, y busca á tu primo el lagarto, ya que no mereces tener otros parientes.

Xailoun obedeció como siempre y se fué al bosque.

—¡Oh! esclamó al llegar al árbol de estensas ramas, mi primo se ha dormido bajo esta sombra y cerca de los manantiales, contra su costumbre... Se me presenta buena ocasion de hablarle cuando despierte. Pero ¿qué es lo que piensa hacer con todas esas piezas de plomo amarillo? ¿Las habrá juntado para pintar sus vestidos? Estará tal vez de boda; pero ya veo que tambien hay estafadores entre los lagartos, porque cualquiera de las piezas de mi primo tiene mas brillo que todas esas juntas. En fin, veremos lo que me dice; con tal que me hable, y entre tanto dormiré un rato, pues tengo el sueño ligero y me despestaré tan pronto como él.

Al tiempo de acostarse le ocurrió una idea.

—La noche, dijo, está muy fria, mi primo no suele dormir en sitios húmedos, y puede ponerse enfermo.

Xailoun se quitó la chaqueta y tapó con ella suavemente al lagarto, tomando mil precauciones para que no se despertase. En seguida se durmió profundamente, pensando en la amistad de su primo. Hasta aquí la historia de Xailoun.

CAPITULO III.

EL FAQUIR ABHOC.

Al dia siguiente llegó al mismo sitio el faquir Abhoc, que fingiendo una peregrinacion, andaba por el mundo buscando medios de enriquecerse. Al acercarse á uno de los manantiales vió el tesoro, abarcólo con sus miradas, y calculó inmediatamente su valor intrínseco.

—He aquí un favor inesperado, esclamó, que el cielo, siempre justo, me concede despues de tantos años de pruebas, poniéndolo, para que me sea mas fácil su adquisicion, bajo la salvaguardia de un leñador imbécil y de un lagarto. Desde mañana abandonaré el trage de faquir, los ayunos y las mortificaciones del cuerpo; mudaré de pais y de vida, y me haré con bienes raices que me produzcan grandes rentas; tendré un magnífico palacio y esclavas bonitas, nadaré en la abundancia, y disfrutaré de todos los placeres conocidos. Paréceme sin embargo que debe pesar mucho ese tesoro, y además, siendo como ya soy millonario, no estará bien que me vean cargado como una acémila. El leñador viene aquí como de molde y puede llevar mi oro hasta el primer pueblo, donde le regalaré mis vestidos y alguna monedilla menuda, como hacen los grandes señores con sus semejantes.

Después de esta alocucion interior, seguro el faquir Abhoc de que su tesoro no corria peligro por parte del lagarto ni por la del miserable Xailoun, pues ambos desconocian su valor, se dejó vencer sin resistencia de las dulzuras del sueño y se durmió muy pronto, soñando con sus tierras, con un harem lleno de las mas raras bellezas del Oriente, y con sendos toneles de vino de Schiraz, que se vaciaban en copas de oro. Hasta aquí la historia del faquir Abhoc.

CAPITULO IV.

EL DOCTOR ABHAC.

Al dia siguiente llegó al mismo sitio el doctor Abhac, hombre muy versado en leyes y que se habia perdido en el camino por meditar acerca de un testo embrollado, del cual habian publicado ya los jurisconsultos ciento treinta y dos distintas interpretaciones. Ya estaba dando en el item de la que debia resolver el punto, cuando la vista del tesoro se la hizo olvidar completamente, fijando su pensamiento en las escabrosas cuestiones de la invencion, de la propiedad y del fisco.

—Aparece, murmuró, que el lagarto es el descubridor del tesoro; pero estoy seguro de que no reclamará su parte legal. En cuanto al fisco y á la propiedad, este sitio es vago, comun, propio de todos, de modo que nada tienen que ver aquí el Estado ni los particulares, lo cual es muy oportuno establecer. Obraré pues inocente, legítima y aun honradamente llevándome ese tesoro, con tal que pueda hacerlo de un solo viaje. Respecto á esos dos aventureros, el leñador ignorante y el faquir bribon, lo probable es que se hayan acostado ahí para proceder mañana á un reparto amistoso, pues ignoran el testo de las leyes y sus comentarios y se creen con derechos iguales. Mas no se saldrán con la suya, ó perderé yo la reputacion que tengo adquirida; sin embargo, como el trabajo mental me causa tanto sueño, voy á tomar acta de posesion, metiendo varias de esas piezas en mi turbante, para que conste ostensible y perentoriamente en el tribunal, si se entabla pleito, la anterioridad de mis derechos.

Y el doctor Abhac echó en su turbante tantas piezas de conviccion, que tardó mucho tiempo en arrastrarlo hasta el sitio en que moria la sombra de las ramas del árbol protector. Todavía volvió y almacenó en el turbante nuevas pruebas, y por último se resolvió á llenarlo completamente de oro, aunque tuviese que dormir al sereno con la cabeza descubierta.

—No debe tener el menor cuidado para despertarme, dijo, apoyando su occiput recien afeitado en el duro turbante que le servia de almohada. Esos dos bárbaros empezarán á disputar en cuanto amanenezca, y se darán por contentos con tener á la mano un doctor en leyes que resuelva sus dudas, lo cual me proporcionará tambien la correspondiente ganancia.

Hablando así, el doctor Abhac se durmió magistralmente, soñando con pleitos y con caudales. Hasta aquí la historia del doctor Abhac.

CAPITULO V.

EL REY DE LAS ARENAS.

Al declinar el siguiente dia llegó al mismo sitio un célebre bandido, cuyo nombre no se conserva en la historia, pero que era en toda la comarca el terror de las caravanas, á las que imponia enormes tributos. Llmábanle el *Rey de las arenas*, y nunca se habia internado tanto en el desierto, porque aquel camino era poco frecuentado; de modo que al descubrir los manantiales y la sombra del árbol se regocijó su corazon, por lo comun poco sensible á las bellezas naturales, y resolvió detenerse allí algunos instantes.

—No he tenido mala idea, esclamó poco después viendo el tesoro. El lagarto duerme custodiando ese oro que para nada le sirve, y esos tres badulaques han venido sin duda en compañía para repartírselo. Si cargo con el botin mientras duermen se despertará el lagarto, que espavilará á esos miserables porque siempre está alerta, y tendré que habérmelas con los cuatro. La prudencia me aconseja otro espediente: fingiré que duermo, mientras hay alguna claridad, y cuando esté bien entrada la noche los mataré uno á uno con mi alfange. Es tan solitario este sitio, que nada se opondrá mañana al trasporte de estas riquezas, y aun antes de ponerme en camino almorzaré el lagarto, cuya carne es muy delicada, segun he oido decir á mi padre.

Y se durmió á su vez, soñando con asesinatos, saqueos y lagartos asados. Hasta aquí la historia del *Rey de las arenas.*

(Concluirá.)

EL LADRON DE LA CORTE.

(Continuacion.)

Gustavo admitió estas razones condicionalmente porque no le convencian; pero comprendió que debia callarse, y concibió un proyecto cuya ejecucion difirió hasta la noche siguiente.

—Pues bien, convengo, hermana mia, replicó sin embargo, porque tengo confianza en vuestros conocimientos y en vuestra generosa bondad. ¡Pensad que teneis en vuestras manos tres existencias: la mia y la de esa noble dama que tanto sufre... Si supiérais... pero mas tarde lo sabreis. Estraña á las pasiones mundanas, no podreis comprender los tormentos que desgarran mi alma, y yo no debo esplicároslos. Id, hermana mia: si la salvais, no será Dios solo el que os otorgue la recompensa merecida.

—No pido yo otra, señor, respondió ella alejándose.

Un poco calmada ya su inquietud, preguntó Gustavo con

2009 Ministerio de Cultura

indiferencia á Wilfredo á qué distancia se hallaban de Stokolmo.

—A mas de treinta y cinco millas, rospondió el prior: pero, hijo mio, contadme cómo ha sucedido esta desgracia á vuestra compañera.

—¡Ay padre! á consecuencia de una cacería en el bosque.

—Si... un caballo desbocado y todas las desgracias que estos peligrosos placeres originan... Lo que nos ha favorecido mucho es que hayais venido solo en su busca, porque yo supongo que la cacería se compondria de muchas personas.

—De casi toda la corte; pero, padre, ¿cómo habeis podido hasta ahora libraros de las indiscreciones de los viajeros?

—Seria muy raro, hijo mio, que penetrase alguno en el centro de este bosque, separado de las poblaciones á mas de quince leguas en contorno: debeis además saber que una tradicion popular, tan venerada como una religion, ha atribuido al antiguo convento de Santa Radegunda una leyenda infernal que llena de espanto á toda la comarca, donde se cree que sus abandonados y ruinosos murallones son albergue del genio del mal... Nadie osa acercarse, porque estan convencidos de que los demonios castigarian con la muerte al que intentara penetrar sus misterios, y esto es justamente lo que mas afianza nuestra seguridad. Esa leyenda, mezclando la impiedad y el crímen, añade que las antiguas religiosas, hoy refugiadas casi todas en Francia, han perecido en este lugar temible por obra del infierno, á consecuencia de haberse negado á abjurar sus puras y santas creencias para adoptar las doctrinas de Lutero. Siguiendo esta suposicion, el público está en el grosero error de que ellas son ahora esposas de los demonios, y que resucitan todas las noches para cantar con ellos la misa. Pomeramo y Cruciger, esos dos apóstoles de la herejía, que con Melancton han ayudado á Lutero á componer su Biblia reformada, pasan por los inventores de esas odiosas fábulas, que nosotros, aunque desconceptuan á nuestras principales religiosas, no tratamos de contradecir por lo mucho que nos conviene aprovecharnos de la necedad del vulgo.

—¿Y quién socorre vuestras necesidades?

—Nuestros hermanos, hoy retirados en España, Polonia é Italia. Nunca nos faltan sus socorros, que nos llegan por medios indirectos, pero seguros, siendo un antiguo criado que tenemos el que va á recibirlos en su nombre á la capital de la Sudermania. Tenemos además tierras que nuestras hermanas cultivan, y cuya recoleccion hacen ellas mismas; un jardin en frutos asaz fecundo, y sobre todo un Dios de verdad que vela sobre los que no han olvidado sus sacros dogmas para hacerse partidarios del error.

—Padre, no responderé á esas duras palabras que enfrian mi creencia, porque estando vuestra alma profundamente ulcerada, debo mirarlas con el respeto que siempre infunde la desgracia. Dios no desprecia á ninguna de sus criaturas, segun creo, á pesar de que el error fascine su débil razon. Mi edad no me permite profundizar esas grandes cuestiones, y mi espíritu está muy agitado para poderse ocupar de ellas: pero sed indulgente, economizad esas amargas doctrinas, fruto de las persecuciones que habeis sufrido, y así aumentareis con los encantos de vuestra hospitalidad mi reconocimiento.

—Sí; vos sois de aquellos cuya infancia ha sido pervertida por el fanatismo de la nueva religion. No podeis comprenderme, y callaré. Adios, voy á rogar por vos.

—¡Y por ella, padre mio! añadió Gustavo.

Iba á salir Willfredo, cuando fué detenido á la puerta por la llegada de Ruperto, el fiel criado de que ya se ha hecho mencion.

—Perdonad, padre mio, dijo al prior: venia á anunciaros que habiendo ido á colocar los caballos en el establo de nuestros bueyes, quité al de nuestra pobre señorita el lazo de lobo que tenia en la pierna, y ahora está mas bueno y vivaracho que su ama... ¡mi buen Jesus!

—Está bien, dijo el prior alejándose. Conduce á este caballero á la habitacion baja que está al fin del refectorio, y cuida de que nada le falte. Estás á sus órdenes todo el tiempo que viva con nosotros.

Solo con Gustavo, Ruperto se dirigió á él con aire místico, haciéndole multiplicados saludos que prometian una obediencia y una sumision ciega.

Rimberg, que necesitaba de este personaje, le examinó con la mayor atencion. Era un viejecillo que á pesar de sus cincuenta y cinco años parecia tener solo cuarenta; era naturalmente vivo, pero la costumbre de andar como una ardilla le habia hecho aflojar un poco: sus ojos ardientes no se fijaban nunca; miraban diez cosas á la vez; y su frente, un poco arrugada, anunciaba resolucion y pertinacia. Pero lo que el hábil fisonomista Gustavo advirtió con júbilo, fué una nariz y una barba sumamente aguda, doble promontorio que ocultaba una boca hundida, y dos labios delgados, signos ciertos de profunda avaricia.

CAPITULO XVI.

La seduccion.

—¿Os seria fácil, mi buen amigo, dijo Gustavo á Ruperto, proporcionarme los útiles necesarios para escribir?

—Vuestro buen amigo, pues que así monseñor se digna llamarle, va á conduciros, si gustais seguirle, á una habitacion donde hallareis lo que pedís.

—Ya os sigo.

Y los dos atravesaron juntos un gran corral al que daban todas las celdas, una de las cuales parecia mas habitada que las otras, pues estaba la ventana abierta.

—¡Ah! advirtió Ruperto, han dado entrada al aire y han hecho las hermanas bien, porque he oido decir á un médico que los enfermos mueren tanto por la falta del aire como por sus enfermedades.

—¿Y quién está allí... en aquella celda?

—Vuestra muger.

—¡Ah! ¿no podría aproximarme un poco?...

—Está prohibido, buen Jesus!

Esta palabra era la predilecta de Ruperto.

—Escuchad... creo oir sus sollozos... sus gritos de dolor...

Y al decir esto Gustavo se habia abalanzado á la ventana y escuchaba temblando.

—Está muy mala, decia una religiosa.

—La fiebre se ha aumentado, decia otra.

—¡Pobre muger! añadia una tercera. Dios es muy poderoso, pero no podrá salvarla.

—No hay un instante que perder, dijo el conde á Ruperto con acento de terror. Conducidme: es preciso que os hable.

Ruperto hizo entrar á Gustavo en una habitacion ricamente amueblada. Algunos cuadros religiosos adornaban las paredes: en el fondo habia una cama; una mesa abundantemente servida parecia esperar á un convidado de buen apetito. Gustavo no la miró siquiera: viendo cerca de la mesa una especie de pupitre, se aproximó á él con presteza y se puso á escribir. Cerrada ya la carta, miró con embarazo á Ruperto y le dijo:

—Amigo mio, me pareceis bueno y humano: ¿podreis hacerme un servicio que os pagaré generosamente?

—Si está en mi mano... respondió el criado.

—¿Conoceis en medio de las mil vueltas y revueltas del bosque un camino que conduzca á Stokolmo?

—Conozco dos.

—Pues bien: ¿no podreis, sin que nadie lo advierta, llevar esta carta á su destino á principio de la noche?

—¿Yo? ¡Ah! ¡Buen zipizape armaria el prior si yo comprometiese así la seguridad del convento! Seria escomulgado, monseñor; juzgad lo que me costaria daros gusto.

—Pero tomando bien todas las precauciones á nadie se comprometería; porque se trata únicamente de conducir aquí un médico que yo os nombraría.

—Sí, un parlanchin que nos haria prender á todos.

—No, un amigo sincero y discreto, que por su influencia con el rey puede seros con el tiempo muy útil.

—¡Bah! ¡Bah! esas cosas se creen al pronto, y luego después suceden muy al contrario. Es verdad que yo no soy cobarde, pero sí receloso; este es mi carácter.

—Y mientras tanto ¡qué situacion tan terrible la mia! Mis parientes, es decir, los de mi desgraciada compañera, ignoran esta ocurrencia, se hallan ahora sumidos en la mayor inquietud, y la casualidad me ha colocado en posicion tal, que no puedo avisarles... ¡Estoy aquí como dentro de un círculo de fuego, obligado á no quebrantar mi palabra, y viendo morir á la muger que mas amo en el mundo, porque me está prohibido procurar los únicos socorros que podrian salvarla! ¿Creeis que haya un martirio tan grande como el mio?

—¡Es verdad, mi dulce Jesus! pero ¿qué le hemos de hacer?

—Vos solo podeis socorrerme, ¡y os negais!

—No hay mas remedio.

—Si hubiéseis accedido á servirme, hé aquí cómo hubiera puesto á cubierto vuestra responsabilidad.

—Veamos.

—Iríais á Stokolmo á casa del doctor Sacken; le entregarais esta carta que lo esplica todo, y mañana por la mañana os lo traeríais, prescribiéndole, como ya yo se lo ruego, que se deje vendar los ojos; de manera que llegaria al convento sin saber el camino que habia traido.

—No es mala idea.

—Para pagaros esa incomodidad os daria cincuenta piezas de oro cuando partiéseis... aquí estan en esta bolsa... tened... miradlas...

Ruperto fijó sus ávidos ojos en la suma amontonada sobre la mesa, y los músculos de sus dedos temblaban convulsivamente.

—¡Cincuenta gustavos de oro! esclamó bañando su mano en el metal.

—Y doble á vuestra vuelta, si ejecutais mis órdenes fielmente.

—¡Buen Jesus! ¿cómo quereis, monseñor, que yo resista? Sois capaz de tentar á todos los ángeles del paraiso, y yo no me creo tan perfecto como esos siervos de Dios.

—Con que ¿estamos en todo convenidos?

—En todo... solamente... ¿queda sentado que vos sois responsable con el prior?

—Sí, sí.

—Hé aquí lo que yo le diria, añadió Ruperto: «Reverendo, »me habeis dicho que obedezca á vuestro huésped mientras »estuviese con nosotros; me ha mandado que vaya á Stokol»mo á buscar un médico, y le he obedecido.»

—Nada tendrá que reprenderos. A la noche elegireis el que mas os guste de nuestros dos caballos. Hé aquí mi carta... tomad este oro; es vuestro.

—Gracias, monseñor. Tengo esperanzas de que vuestra esposa se aliviará.

—Sí, sí... dijo Gustavo con alegría. ¡Es tan hábil ese médico! ¡Tan feliz en sus milagrosas curas! ¡Oh, mi noble Sofía, no morirás! no puedes morir... ¡no se muere á los veinte años!...

—Si quereis tomar alguna cosa, monseñor, la mesa está preparada; no sea que el disgusto os haga enfermar tambien...

—¡No!... Dejadme, é id á preparar lo necesario para vuestra marcha.

Hallábase el conde sumido en penosas reflexiones después de la salida de Ruperto, cuando vinieron á decirle que la princesa habia pronunciado su nombre, y le llamaba: entonces corrió á su lado.

Las nueve acababan de dar. Viendo Ruperto que todos se habian acostado, montó en el caballo de Sofía, y provisto de una lanza y un sable viejo, tomó á galope la vereda mas ancha del bosque, calculando que solo necesitaria tres horas lo mas para llegar á su destino.

CAPÍTULO XVII.

El arzobispo de Upsal.

Erico, á quien hemos dejado orgulloso de su victoria, y mas que nunca enamorado de Catalina, volvió lentamente con ella al castillo de Rosendal. Una intimidad mas dulce, mas tierna, habia sucedido en la conducta del rey al respeto que aparentaba tener á la dama de honor de su hermana. Algunas conversaciones en voz baja, y una mano que él estrechaba algunas veces y besaba otras, provocaban picantes reflexiones por parte de los cortesanos.

—¿Tendria la audacia de hacer reina nuestra á esa muger? decia el conde de Stem-Sture, hijo del gran canciller.

—¿Por qué no? añadió el duque de Westmania. Desde que Gustavo Wasa se atrevió á hacer hereditaria en Suecia la dignidad real, nada me admira. El pueblo se ha sometido, y los grandes no se atreven á contrarestar sus deseos. El poder absoluto puede intentarlo hoy todo, y sentar en el trono una criatura que yo creería indigna del último de mis criados.

—Advertid, señor duque, interrumpió Stem-Sture, que los Estados se opondrian.

—No serán consultados, señor conde. El rey probará que no deben meterse en sus negocios de familia repitiendo lo que suele decir: «soy el hijo de vuestro gran Gustavo;» y esta palabra mágica impondrá silencio á todo el mundo. Luis el Benigno era hijo de Carlo-Magno; Tarquino de Tulio; Calígula de Germánico; Cómmodo de Marco Aurelio, y sin embargo, todos estos hijos de padres ilustres nos han dado pruebas de que el heroismo, la justicia y la sabiduría no se heredan.

—Ese irritante recuerdo de lo pasado es el que así os hace hablar, señor duque. Yo soy fiel partidario de un absolutismo tal como el de Gustavo, porque lo creo mejor que los que vos con tanta amargura recordais; pero no depondré ante su poder las armas que me ha dado para combatir sus errores; y si nuestro príncipe se dejase dominar de esa pasion indigna de su grandeza, yo seria uno de los que tuviesen suficiente valor para combatirla en nuestras asambleas políticas.

—Pues ya debeis empezar á hacerlo, conde de Stem-Sture, porque... mirad al rey que sube con la vendedora de nueces á la carroza que los esperaba. Creo que S. M. la abraza... en verdad que solo nos falta gritar: ¡Viva la reina del mercado de Stokolmo!

Esta conversacion pasaba al entrar la comitiva en el palacio de Rosendal.

Erico debia detenerse allí hasta el dia siguiente para esperar á su hermana, como lo habia dicho al conde de Rimberg; pero algunas notas diplomáticas que recibió á su llegada le obligaron á regresar inmediatamente á Stokolmo. Catalina obtuvo permiso para quedarse dos dias con su madre.

La mas importante de las noticias que el rey acababa de recibir era una carta de su embajador en Polonia anunciándole que su hermano el príncipe Juan habia tratado secretamente su casamiento con una hija del rey Segismundo. Este monarca habia muchas veces declarado abiertamente sus pretensiones á una parte del patrimonio de Gustavo Wasa; por lo tanto una alianza de familia con este príncipe guerrero y ambicioso hacia peligrar en estremo la seguridad del trono de Suecia. Las querellas religiosas duraban aun: algunos enviados del papa arrojados de Stokolmo se habian refugiado en Varsovia con todo el clero católico sueco, que emigró á causa de la reforma. Todo pues debia temerse de su influencia con Segismundo.

Estas ideas absorbian la imaginacion de Erico, cuando llegó á su palacio en que le esperaba el arzobispo de Upsal.

—Mi querido y respetable Lorenzo Petrius, le dijo, ¿qué teneis de nuevo que comunicarnos?

—Cosas muy graves, señor, respondió el arzobispo. Vuestro hermano el duque Juan está en correspondencia con los católicos de Polonia.

—Y bien, esclamó el rey enfurecido, ¿dirán aun que no conspira contra los intereses del estado en esas intrigas tan sordas como culpables? Añadid á ese crímen, monseñor de Upsal, que mi hermano sin prevenírmelo ha pedido y obtenido la mano de la hija de Segismundo:

—Ese peligro es mas sério de lo que parece, si tiene fundamento lo que por ahí empieza á susurrarse.

—¿Qué se dice?

—Que el príncipe Juan, en arras de esta brillante boda, ha puesto á disposicion de su suegro su ducado de Filandia.

—¡Traicion! ¡infame traicion! Pero no se llevará á cabo tan odiosa perfidia. Voy á dar órden de prender á mi hermano.

—Si vuestra majestad se dignase moderar su justa cólera y escucharme algunos instantes, quizás descubriríamos un medio mas seguro para castigar al culpable. Es preciso pruebas, y no las teneis.

—No faltarán.

—Pensad que aunque es altivo su carácter, el príncipe es muy popular.

—Sí; pero ya le he desconceptuado con el ejército.

—La nobleza le protege.

—La nobleza sueca protegerá á todos los usurpadores que se obliguen á aumentar sus privilegios, harto considerables ya. Yo estirparé esa influencia aumentando en mis estados el poder del pueblo.

—Que á su vez llegará tambien á ser peligroso. El mejor medio de conciliarlo todo, señor, seria segun me parece estender mas y mas la autoridad del nuevo clero. Vuestro ilustre padre, al adoptar con ardor las doctrinas luteranas, no dejó de conocer, y muchas veces me lo manifestó reservadamente, que el clero católico no perderia su secular influencia sin tratar de reconquistarla por todas las astucias de su diplomacia, por la autoridad de sus antiguos derechos, por la fuerza de persuasion de su elocuencia. Los curas polacos deben haber solicitado y seducido al príncipe, pues sé que ellos son los que han arreglado su casamiento con la hija de Segismundo.

—Pues bien: ¿qué partido me aconsejais que tome?

—Es preciso dar un gran golpe, un golpe que tenga eco en el corazon de su alteza, publicando un edicto que declare reos de estado á todo católico y toda corporacion religiosa que sean descubiertos en cualquier punto del reino.

—Añadiendo, prosiguió Erico, que cualquiera de mis vasallos en relaciones, por indiferentes que sean, con esos enemigos de la tranquilidad pública, se hace reo de pena capital, si se le prueba.

—De esa manera, continuó el arzobispo, el príncipe Juan se verá amenazado por la ley, sin que peligrosas reyertas de familia puedan escitar en su favor el interés ó la piedad.

—Teneis razon, monseñor. Dentro de dos dias tomaré esa importante medida.

—La creo tan prudente como necesaria; pero ¿á quién encargareis de su ejecucion?

—A mi ministro ordinario.

—Obediente consejero, hombre de ejecucion; pero incapaz á mi entender de apreciar la gravedad de esas cuestiones eclesiásticas.

2009 Ministerio de Cultura

Los tres Mosqueteros.—Felton.

Los tres Mosqueteros.—Matadme si quereis; pero no espereis saber nada.

—Comprendeis perfectamente el carácter de Goran Person. Es un instrumento de que me sirvo; pero que necesita de una mano que le dirija.

Una idea me ocurre, señor arzobispo; vos me servireis en esta ocasion de juez y ministro.

—¡Yo, señor! esclamó Petrius con fingida admiracion, mientras añadia en voz baja: ¡harto trabajo le ha costado comprenderme!

—Vos sereis quien lleve las cargas si alguno se queja, porque os delego una parte de mi poder para apreciar y condenar esos delitos. Tened solamente en cuenta que este poder es soberano, y no admite escepciones ni aun tratándose de los príncipes y princesas de mi turbulenta familia.

—Cumpliré mi mision con justicia y entereza. Después de dar á vuestra majestad las gracias, solo tengo que pedirle un favor.

—Hablad...

—Las atribuciones de que os dignais revestirme, me obligarán á hacer activas y multiplicadas pesquisas, por cuya causa es indispensable que vuestra majestad me conceda una fuerza militar suficiente...

—Desde hoy teneis una guardia de dos mil hombres, que os obedecerá como á mí mismo.

—Ya solo tengo que probar á vuestra majestad mi leal adhesion.

Esta escena habia sido manejada con gran habilidad por el arzobispo, que hacia ya mucho tiempo deseaba esta guardia para satisfacer su orgullo; pero no la habia podido obtener de Gustavo Wasa, príncipe bastante prudente para conocer que un hombre revestido ya de tanta autoridad no debia tener á su disposicion una fuerza militar que podia hacerle peligroso.

Un criado entró en este momento para preguntar al rey si el doctor Sacken podia ser admitido á su presencia.

—Que entre, respondió Erico.

El doctor entró: parecia agitado.

—Señor, dijo, perdonad si os importuno; pero acaban de anunciarme en este instante que la princesa Sofía se halla en un peligro terrible.

—¡Mi hermana! esclamó el rey con emocion; quizás de la cacería.

—Lo ignoro, señor, y además las exigencias de honor que me hacen en una carta me obligan á no decir nada ni al mismo rey: me limito á venir á tomar sus órdenes.

—Es preciso partir al instante, señor Sacken.

—Estoy pronto, señor.

—Permitid, interrumpió el arzobispo. Los socorros de vuestra ciencia serán indispensables á la princesa; pero no podreis menos de manifestar á su hermano el lugar en que ahora se encuentra.

—Perdonad, monseñor. Un juramento en que está empeñada la palabra de otro me lo impide.

—¿Dónde está el individuo que os ha traido la carta que debeis enseñarnos?

—Le encontraré á su tiempo: en cuanto á la carta, ha sido quemada.

—Todo esto es singularmente oscuro y debe llamar la atencion de vuestra majestad, añadió el arzobispo aun preocupado con la nueva mision que acababa de recibir. ¿No podria causar el misterio de ese ignorado asilo donde se encuentra la princesa, una causa política ó religiosa, que seria bueno descubrir?

—En eso pensaba, dijo Erico.

—Si hiciésemos comparecer en nuestra presencia al hombre encargado del mensaje, podríamos preguntándole con destreza.

—Monseñor, tendré el honor de advertiros que el interrogatorio puede ocasionar demoras, obstáculos y dificultades imprevistas; que yo respondo aquí del honor de otro; que la princesa sufre, y el dolor no espera, porque puede la muerte no darle tiempo.

—Teneis razon, doctor, añadió el rey. Sois el dueño aquí, y debemos respetar vuestra opinion. Id pues, y devolvedme pronto á mi hermana, buena y admirada como nosotros todos de lo que habeis hecho por ella.

—Sí, sí, dijo en voz baja el arzobispo; todo lo sabré por otro medio.

Y dejó al rey, precediendo algunos pasos al doctor, que salió con él.

(*Continuará.*)

El sueño de oro.

El sueño de oro.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.

2009 Ministerio de Cultura